

LIBRO VEINTIDOS.

Los insurrectos emprenden su marcha.—Westermann se apodera del mando de la vanguardia.—Disposiciones que toma.—Sus antecedentes.—Røederer convence al rey de que debe trasladarse al seno de la Asamblea.—Decídese el rey á hacerlo.—Salida del rey de palacio.—Su paso por el jardín.—Aspecto de la Asamblea.—Palabras del rey.—Respuesta del presidente (Vergniaud).—El rey y su familia en la tribuna del logógrafo.—Respuesta del pintor David al rey.—Arresto de Suleau y de otros realistas.—Asesinato de éstos.—Confusion general en palacio.—Victoria momentánea de los suizos.—Emocion de la Asamblea.—Los marseleses vuelven á atacar las Tullerías.—Defensa y matanza general de los suizos.—El pueblo saquea el palacio.—Degüellos.—Mres. de Virieu, de Lamartine y de Viomenil.—El jóven Carlos de Antichamp.—El vizconde de Broves.—Las damas de honor y demas mujeres de la servidumbre de la reina.—Mres. Sallas, Marchais y Diet.—Asesinato de Mr. de Clermont-Tonnerre.—Westermann en casa de Danton.

I

Apénas hubo Santerre tomado las últimas disposiciones en el ayuntamiento con los nuevos comisarios de las secciones, cuando emprendió su marcha por el muelle, enviando á decir á los marseleses que el Puente Nuevo sería el punto de reunion de las dos columnas. Estas columnas, al són de las cajas de guerra y de las canciones patrióticas, se confundieron en el mayor desórden en la plaza del Louvre, é inundaron el Carrousel sin hallar en él el menor obstáculo. Un hombre montado en un caballo las precedía. En cuanto llegó á los postigos del Carrousel, se apoderó del mando sin otro derecho que el de su uniforme, y sin otra orden que la autoridad de Danton. La turba le obedeció sin réplica, por aquella necesidad de direccion y de unidad que hace subordinadas á las masas en el momento del peligro. Al momento mandó desfilar su tropa en buen orden, la formó en batalla en la plaza del Carrousel, colocó la artillería en el centro y extendió sus alas de suerte que pudiesen circunvalar y dominar á los batallones indecisos aún, que parecian aguardar por quién se decidiría la suerte para pronunciarse. Tomadas estas disposiciones con el golpe de vista y la sangre fria de un buen general, puso su caballo al paso y se dirigió hácia la puerta del patio Real, rodeado de un grupo de fedrados de Brest y de Marsella. En cuanto llegó allí, llamó á la puerta con el puño del sable y mandó con voz imperiosa que se abriese al pueblo. Westermann era de la Alsacia, hijo de una familia del estado llano que gozaba de bastantes consideraciones en el país. Mezclado en algunos negocios nada limpios, sobre falsificacion de billetes del Banco, habia sido sentenciado á reclusion perpetua en San Lázaro. Su juventud y su actividad fermentaron dentro del estrecho recinto de una prision; así es que logró escaparse de su encierro el dia ántes que fuese tomada la Bastilla. Nombrado secretario del ayuntamiento de Haguenau, su belleza, su audacia y su elocuencia le proporcionaron bien pronto un imperio absoluto sobre la poblacion, á la cual conmovió en el sentido de las nuevas ideas. Verificóse, sin embargo, una

reaccion súbita en la opinion, y fué echado del pueblo. Muy pronto volvió á él en virtud de un decreto de la Asamblea constituyente, despues de haber habido una escaramuza entre las tropas de línea, que le protegian, y la guardia nacional, que no queria dejarle entrar. Su triunfo no fué sino de horas. Preso de nuevo por orden del departamento, y vuelto á encerrar en San Lázaro para que continuase sufriendo allí su condena, se puso bajo la inmediata proteccion de Danton, cuyo auxilio reclamó. Conociendo este último el mucho partido que podria sacarse de semejante hombre, le mandó poner en libertad el 9 de Agosto. Westermann habia olfateado desde muy léjos la guerra civil y las fortunas militares que ocultan las revoluciones en su seno para los guerreros afortunados. Así es que se habia entre-



La familia real en la tribuna del logógrafo en la Asamblea.—Pág. 502.

gado enteramente á la causa del pueblo, resuelto á engrandecerse en ella ó á perecer. Danton hizo que se hallase de repente con un ejército á sus órdenes, y le encargó de dar direccion á aquellas turbas que él habia sublevado ántes. Tal era Westermann. Santerre, aunque era el comandante general, habia conocido la superioridad del jóven aleman, y le habia dejado el mando de la vanguardia y las contingencias de aquella expedicion.

Viendo Westermann que los suizos y los granaderos de la guardia nacional se negaban á abrir las puertas, hizo adelantar cinco piezas de artillería y les amenazó con echarlas abajo. Aquellas puertas eran de madera, y tan viejas que no hubieran podido resistir á la primera descarga. Al aproximarse Westermann, los concejales Borie, Leroux y Røederer, con los demas miembros del departamento, testigos presenciales de la indecision de las tropas, y por esta razon asustados en vista de la inminencia del peligro, subieron precipitadamente al cuarto del rey. La consternacion de sus rostros hablaba bastante por sí misma para que se viesen en

la precision de hablar mucho. Luis XVI estaba sentado delante de una mesa que habia á la entrada de su gabinete, con la cabeza entre las palmas de las manos, en actitud de espera y dispuesto á escuchar cuanto quisieran decirle. La reina, con el rostro muy encendido, estaba sentada al lado de madama Isabel, y los ministros entre la ventana y la mesa de despacho del rey; la princesa de Lamballe, madama de Tourzel y los niños estaban al lado de la reina.

«Señor,—dijo Røederer al entrar en la pieza,—el departamento desea hablar con V. M. sin otros testigos que su familia.» El rey hizo una seña, y todos se marcharon excepto los ministros. «Señor,—prosiguió el magistrado,—no podeis aprovechar sino unos cinco minutos; ni el número ni las disposiciones de los hombres que se hallan reunidos aquí para defenderos pueden garantizar vuestra vida y la de vuestra familia. Los artilleros acaban de quitar la carga á las piezas; la defeccion es general, tanto en el jardin como en los patios, y el Carrousel está ocupado por los marseleses. Ya no hay seguridad para V. M. sino en el seno de la Asamblea. Esta es la opinion del departamento, único cuerpo constituido que es responsable en este momento de vuestra vida y de la existencia de la Constitucion.» «Pues yo no he visto mucha gente en el Carrousel»,—dijo el rey. «Señor,—replicó Røederer,—hay en aquel sitio doce piezas de artillería, y el ejército innumerable de los arrabales que viene á unirse con los marseleses.» Mr. Gerdret, administrador del departamento y conocido de la reina porque era uno de sus proveedores, apoyó lo mismo que estaba diciendo Røederer. «Callad,—le dijo la reina;—vos no debeis levantar aquí la voz. Dejad hablar al síndico procurador.» Despues, volviéndose á Røederer, le dijo con altivez: «Caballero, pues qué, ¿no tenemos aquí fuerzas que nos defiendan?» «Señora,—contestó éste,—todo Paris se dirige contra palacio.» En seguida continuó su diálogo con el rey, diciéndole: «Señor, el tiempo urge; ya no es una súplica la que os dirigimos; ya no es tampoco un simple buen consejo el que os damos; ya no nos queda más que un recurso: os pedimos permiso para hacer violencia y llevaros á la fuerza á la Asamblea».

El rey, al oír esto, levantó la cabeza, miró de hito en hito á Røederer y estuvo así algunos segundos, como si quisiese leer en los ojos del magistrado si aquellas demostraciones eran sinceras, ó si trataba únicamente de tenderle algun nuevo lazo. Despues, volviéndose hácia la reina é interrogándola con una mirada rápida, dijo: «¡Vamos!» Y se levantó inmediatamente. Al ver esto madama Isabel, adelantando la cabeza por cima del hombro derecho del rey, dijo: «Señor Røederer, ¿me respondeis al ménos de la vida del rey?» «Sí señora, tanto como de la mia»,—dijo Røederer, cuyo acento manifestaba que estaba muy dudoso de poder cumplir lo que tan terminantemente ofrecia. Entónces encargó mucho al rey que no se hiciese acompañar por ninguno de los personajes de la corte, y que no llevase otra comitiva que el departamento y dos filas de guardias nacionales. Los ministros reclamaron el derecho de no separarse del poder ejecutivo. La reina hizo la misma peticion respecto á madama de Tourzel, aya de sus hijos, y el departamento accedió á ambas cosas. Røederer, dirigiéndose en seguida hácia la puerta del aposento, dijo en alta voz á todos los que estaban fuera: «El rey y su familia se trasladan solos á la Asamblea, sin más comitiva que el departamento y los ministros. Abridles paso».

II

La noticia de la salida del rey para la Asamblea se esparció bien pronto por todo palacio, donde produjo una consternacion entre sus defensores, que no hubiera sido mayor si les hubiesen dicho que la monarquía habia caido para no volverse á levantar jamás de entre sus ruinas. Únicamente el respeto era capaz de contener la indignacion general y el dolor de los suizos y de los caballeros, cuya sangre y brazos parecian tenerse en poco al adoptar semejante resolucion. El llanto de la desesperacion y de la vergüenza corria por los rostros de aquellos guerreros, que creian que no se confiaba en su valor. Algunos de ellos se arrancaron las cruces de San Luis que adornaban sus pechos, y rompieron sus espadas con los piés.

En tanto que Mr. de Lachesnaye hacia adelantar el zaguanete que habia de escoltar al rey, éste se detuvo unos cuantos minutos en el gabinete, y recorriendo lentamente con la vista el círculo formado á la entrada de él por las personas más de su aprecio, les anunció su resolucion. La reina, sentada é inmóvil, ocultaba su rostro en el seno de la princesa de Lamballe. Llegó por fin la escolta, y la régia comitiva desfiló en silencio por entre una multitud de personas en cuyos rostros se manifestaba la más horrorosa consternacion. Los ojos no se atrevian á encontrarse con otros ojos. Al atravesar la sala llamada del Ojo de Buey, el rey, sin hablar una palabra, quitó el sombrero al guardia nacional que iba á su derecha, y puso sobre la cabeza de éste el suyo, que tenia una pluma blanca. Atónito el guardia nacional, se quitó respetuosamente aquel sombrero y se lo puso debajo del brazo, quedándose con la cabeza descubierta. Ninguno ha sabido hasta ahora qué idea tuvo Luis XVI al hacer este cambio. ¿Se acordaba acaso del gorro encarnado que, puesto en su cabeza, habia adulado al pueblo el 20 de Junio, y queria tal vez popularizarse ante la guardia nacional poniéndose parte del uniforme del ejército cívico? Nadie se atrevió á preguntarle por qué habia hecho aquello; pero de todos modos, no puede atribuirse á miedo en un príncipe tan impasible ante el ultraje y tan sereno en presencia de la muerte.

En el momento de abandonar el peristilo y de dar el último paso fuera del umbral de su palacio, el rey, dirigiéndose al síndico procurador, le dijo: «¿Y qué va á ser de todos nuestros amigos que se han quedado arriba?» Røederer tranquilizó al rey sobre la suerte de éstos, diciendo que no habia ningun inconveniente en que saliesen los que estuviesen sin armas ni uniforme; asercion involuntariamente engañosa, que el tiempo y la muerte iban á desmentir muy en breve. En fin, en los mismos escalones que hay entre el vestíbulo y el jardin, Luis XVI tuvo el último presentimiento de su destino y el último remordimiento de su abdicacion voluntaria. Volvióse hácia los patios, miró por encima de las cabezas de los que le seguian, paróse, y dijo á los miembros del departamento: «A mí me parece que no hay mucha gente en el Carrousel». Estos volvieron á repetirle lo mismo que le habia dicho Røederer. Escuchólos, aunque al parecer sin creerlos, y dió el último paso fuera del umbral, como un hombre fatigado ya de contradecir, y que cede más bien al cansancio y á la fatalidad que á la conviccion.

El rey atravesó el jardin sin obstáculo entre dos filas de bayonetas que marchaban al mismo paso que él. Iban á la cabeza el departamento y los concejales;

la reina se apoyaba en el brazo de Mr. de Saint-Priest, y los niños cerraban la marcha. El vasto espacio de jardín que se extiende de un terraplen á otro estaba desierto; las consignas de las tropas no dejaban estacionar á nadie ni áun en el terraplen de los Fuldenses, abierto siempre para el pueblo. Los parterres, las flores, las estatuas y los céspedes brillaban como en una hermosa mañana de verano. El sol ardiente se reverberaba en la arena. El cielo estaba despejado, y no corría nada de aire. Nada turbaba el profundo silencio de aquellos vastos lugares sino el paso acompasado de las columnas y el gorjeo de las aves en las ramas de los árboles. Parecía que la naturaleza ignoraba lo que pasaba aquel día en el corazón de los hombres. Ella hacía brillar aquel luto como si hubiese sonreído en un día de fiesta y de regocijo. Los precoces calores de aquel año habían secado las hojas de los castaños de las Tullerías. Cuando la comitiva entró debajo de aquellos árboles, se hundían los piés en la multitud de hojas que habían caído aquella noche, y que los jardineros acababan de amontonar en el camino para llevarselas luego á otra parte. El rey reparó en esto, y ya fuese por una indiferencia afectada, ó ya por una triste alusión á su suerte, dijo á los que le acompañaban: «¡Cuántas hojas hay por aquí! ¡Muy temprano caen este año!» Pocos días hacía que Manuel había escrito que el trono no duraría hasta la caída de la hoja. El Delfín, que iba al lado de madama Tourzel, se entretenía en amontonar aquellas hojas secas con los piés y en tirarlas hácia donde iba su hermana. ¡Niño infeliz, que iba jugando lleno de candor y de inocencia por el camino del patíbulo!

El presidente del departamento se separó en este sitio de la comitiva, para ir á avisar á la Asamblea de la llegada del rey y del motivo que allí le dirigía. La lentitud de la marcha dió tiempo suficiente para que saliese una diputación del Cuerpo legislativo á recibirle ántes que acabase de atravesar el jardín. «Señor,—dijo el que iba presidiendo,—la Asamblea, solícita por atender á vuestra seguridad, os ofrece un asilo en su seno á vos y á vuestra familia.» Los representantes se incorporaron á la comitiva y siguieron al rey.

La marcha de las columnas por medio del jardín fué notada desde el café Hottot y desde las ventanas del Picadero, y la aproximación del rey, anunciada en los grupos, había llevado de repente la multitud al lado del terraplen de los Fuldenses, que era preciso atravesar para ir desde el jardín al recinto de la Asamblea. En cuanto llegó la comitiva al pié de la escalera que conduce desde la calle de árboles al terraplen, una masa compacta de hombres y mujeres, gesticulando como unos furiosos, trató de impedir el paso á la familia real. «¡No, no!—decían.—¡No vendrán ya á engañar otra vez á la nación! ¡Es preciso que esto se acabe! ¡Abajo el *Veto*! ¡Abajo la Austriaca! ¡La destitución ó la muerte!» Mil ademanes insultantes y mil gestos amenazadores acompañaban á estas palabras. Un hombre colosal, vestido de zapador, llamado Rocher, jefe por lo comun de todos los alborotos en el patio del Picadero, se distinguía entre la multitud por sus descompasados gritos y el frenesí de sus insultos. Detrás de él, otros hombres más pacíficos en la apariencia, pero de fisonomías siniestras, atizaban constantemente el furor del pueblo. Rocher tenía en la mano un palo muy largo que blandía por cima de la comitiva régia, y con el cual se empeñaba en pegar al rey. Entónces los diputados arengaron á aquella multitud, asegurándole que si el rey y su familia iban á la Asamblea, era porque ésta había expedido un decreto para que se tras-

ladasen allí. La agresión cesó algún tanto al oír estas palabras, y Rocher se dejó desarmar por el síndico procurador, que tiró aquel palo al jardín. Autorizada la escolta por otro nuevo decreto para penetrar en el salón de sesiones del poder legislativo, formó á dos de fondo en el terraplen, con lo cual pudo el rey llegar hasta la entrada del pasadizo que hay entre el terraplen y el local de la Asamblea. Algunos hombres de la guardia del Cuerpo legislativo le recibieron allí y mar-



Muerte de Sulcau.—Pág. 506.

charon á su lado. «Señor,—le dijo con acento meridional uno de estos hombres,—no tengais miedo, el pueblo es bueno, pero no quiere que se le haga traición por más tiempo. Sed buen ciudadano, señor, y separad de vuestro palacio á vuestros capellanes y á vuestra mujer.» El rey respondió á este hombre sin enfadarse. La multitud llenaba el pasillo estrecho y sombrío; un movimiento tumultuoso é irresistible separó por un momento á la reina del rey y de sus hijos, que la precedían; la madre temblaba por su hijo. El mismo zapador que acababa de amenazar de muerte á la reina, se compadeció de pronto de aquellas angustias de la mujer, y tomó al Delfín, que ella llevaba de la mano, le levantó en sus brazos por cima de la multitud, le llevó delante de ella abriéndose paso con los codos, entró en la sala

detras del rey, y dejó, con aplauso de la tribuna, al príncipe real sobre la mesa de la Asamblea.

El rey, su familia y los dos ministros se dirigieron hácia el banco destinado á los ministros, poniéndose al lado del presidente. Vergniaud era el que presidia. El rey le dijo: «He venido aquí para evitar un gran crimen, porque pienso que no podré estar seguro sino entre vosotros.» «Podeis contar, señor,—respondió Vergniaud,—con la firmeza de la Asamblea nacional; sus miembros han jurado morir por sostener los derechos del pueblo y á las autoridades constituidas.» El rey se sentó. La Asamblea era poco numerosa; un silencio de estupor reinaba en la sala, y las fisonomías estaban melancólicas; las miradas respetuosas y compasivas se fijaban involuntariamente en el rey, la reina, madama Isabel, en la jóven princesa, que se hallaba en toda la belleza de su adolescencia, y en el príncipe, que la reina tenia de la mano, limpiándole el sudor de la frente. El rencor se amortiguaba ante el sentimiento de las vicisitudes repentinas que acababan de arrancar á este rey, á este padre, á aquellos niños y á aquellas mujeres de su morada, sin saber si volverian más á ella. Jamás la suerte dió más dolorosos secretos en espectáculo. Eran éstas las angustias del corazón humano en toda su desnudez. El rey las ocultó impasible, la reina con dignidad, madama Isabel con resignacion, la infanta con lágrimas, y el Delfin con indiferencia. El público no advirtió nada que desmintiese la dignidad del rango, del sexo, de la edad y del momento. La fortuna parecia que habia encontrado almas iguales á sus golpes.

III

La deliberacion comenzó. Un miembro se levantó é hizo observar que la Constitucion prohibia deliberar delante del rey. «Es cierto»,—dijo Luis XVI inclinando la cabeza.

Para obedecer á este escrúpulo irónico de la Constitucion en el momento en que ya no existia, se decretó que el rey y su familia se situaran en una tribuna de periodistas que llamaban del logógrafo.

Esta tribuna, de diez piés en cuadro, estaba detras del presidente, á nivel de los bancos más elevados de la Asamblea, y separada de la sala por una reja de hierro asegurada en la pared. Allí se condujo al rey. Los jóvenes escritores que copiaban los discursos para reproducir literalmente las sesiones se estrecharon un poco para dejar sitio á la familia de Luis XVI. El rey se sentó en la delantera de la tribuna, la reina en un rincon para ocultar su cara en la sombra; en una banqueta de paja pegada á la pared, madama Isabel, los infantes y su aya; y en el interior de la tribuna, los dos ministros, algunos oficiales de la casa real, el duque de Choiseul, Carl, comandante de la gendarmería á caballo, Mr. de Sainte-Croix, Dubouchage, el príncipe de Poix, los señores de Viomenil, de Montmorin, d'Hervilly y de Briges, cortesanos de la agonía del trono, se quedaron en pié cerca de la puerta. Un piquete de granaderos de la guardia de la Asamblea, con algunos oficiales superiores de la escolta del rey, ocupaba el pasillo é impedía que circulase el aire; el calor era sofocante, y el sudor corria por la frente de Luis XVI y de sus hijos. La Asamblea y las tribunas, que se llenaban por momentos, parecian exhalar un calor semejante al de un horno en aquella angosta embocadura. La agi-

tacion de la sala, las mociones de los oradores, las peticiones de los seccionarios y el murmullo de las conversaciones entre los diputados por la parte de dentro, el tumulto del pueblo, los ataques dados por él á las puertas para forzar las centinelas, los alaridos de los grupos, los gritos de los sicarios que empezaban el degüello en el patio del Picadero, las súplicas de las víctimas, los golpes de muerte, los cuerpos que caian, formaban un ruido horroroso por la parte de afuera.

Apénas llegó el rey á este asilo, cuando un clamor redoblado del exterior hizo temer que las puertas cediesen y que el pueblo viniese á inmolarse al rey encerrado en aquella especie de calabozo. Vergniaud dió orden de arrancar la reja que separaba la tribuna de la sala, para que Luis XVI pudiese refugiarse en medio de los diputados si la invasion del pueblo era por los corredores. A falta de albañiles y herramientas, algunos diputados más próximos al rey, así como Mr. de Choiseul, el príncipe de Poix y los ministros y el rey mismo, acostumbrado á servirse de las manos para sus rudos trabajos de cerrajería, unieron sus esfuerzos y arrancaron la reja de su sitio. Gracias á esta precaucion, aún quedaba al rey alguna esperanza contra el hierro del pueblo; pero la majestad real permanecia al descubierto ante los enemigos que tenia en la sala. Las conversaciones de que era objeto llegaban sin obstáculo á sus oídos, viendo y entendiéndolo todo. Espectadores y víctimas á la vez, las personas reales presenciaron por espacio de catorce horas su propia degradacion.

En la tribuna misma del logógrafo, un hombre jóven aún, y que se distinguió por sus servicios, Mr. David, en fin, célebre pintor, que fué despues cónsul general y diputado, anotaba respetuosamente, para transmitirlos á la historia andando el tiempo, la actitud, la fisonomía, los movimientos, las lágrimas, el color, la respiracion y las contracciones de los músculos de los semblantes de la familia real durante aquellas interminables horas.

El rey estaba tranquilo y sereno, sin tomar parte en los acontecimientos, como si asistiese á un drama en que otro fuese el protagonista. Su robusta naturaleza le hacia sentir las necesidades del cuerpo y la precision de tomar alimento aún bajo las impresiones de su alma; nada se suspendió en aquella poderosa vida; hasta la agitacion de su espíritu punzaba sus sentidos, teniendo ganas de comer á la hora regular en que lo hacia otros dias. Le trajeron pan, vino y algunos fiambres, y comió, bebió y trinchó un ave con tanta calma como si se encontrase en una reunion de cazadores, despues de un largo paseo á caballo por los bosques de Versailles. En aquellos momentos el hombre físico era en él superior al hombre sensible.

La reina, que sabia que las calumnias populares convertian la necesidad de comer del rey en grosera sensualidad y aún en embriaguez, padecia interiormente por verle comer en semejantes momentos. No quiso por consiguiente tomar nada, y su familia la imitó. Ella estuvo en aquel largo rato silenciosa, con los labios cerrados, los ojos ardientes y secos y las mejillas encendidas; su aspecto era triste y abatido, pero siempre firme, con los brazos caidos descansando en sus rodillas, como si los tuviese atados, manifestando en el semblante la expresion y la actitud de un héroe desarmado que no puede combatir ya, pero que lucha aún contra la fortuna.

Madama Isabel, de pié detras de su hermano, sin apartar su vista de él, parecia